

TORRES NAHARRO, BARTOLOMÉ DE (1485 – 1524)

*AQUILINA*

PERSONAJES:

AQUILANO.  
SIERVO FACETO.  
FELICINA.  
FELICINA.  
DILETA.  
DANDARIO.  
GALTERIO.  
AQUILANO.

INTROITO Y ARGUMENTO

Dios, questó por arrojar  
un Dios salve tan complido,  
que abarque medio lugar  
y un pedaço del exido.

Mas non quiero,  
que me ternán por grossero  
si por zagales me rijo,  
son habrar como escudero  
pues que s'usa en regozijo.

¡Juri as nos!  
Novio y novia, sálveos Dios;  
que biváys hasta hartar,  
y vos dé hijos dos a dos  
y vos los dexe perlograr.

Y al padrino  
por casa mucho tocino,  
en el corral leña y esparto,  
y en la bodega buen bino,  
y en las troxas trigo harto.

La madrina  
que por la gracia divina  
biva mil años y un cacho;  
y a su hija Catalina,  
buen marido y hombre macho.

Juri al ciego  
que en la boda del Borrego,  
quando yo estava baylando  
deste modo palaciego,  
habró ell alcalde en llegando.

Por Sant Pito,  
que no era yo tamañito,  
aunque era ya enamorado,  
y os dava el salto y apito,  
que el pueblo estava espantado.

Mas quería  
como el diábro a Luzía,  
que en vella, allí donde estava,  
tan huerte me embevecía,  
que se yva con dios la bava.

Juri a san  
que me ha dado tanto afán...  
Dios la perdone, ques muerta.  
Hete aquí, cada San Juan  
yo le enrramava la puerta,  
y en presente

la dava continuamente  
quanto podía hurtar,  
cada sábado, a la huente,  
yos la ayudava a cargar.

Asmo que  
nunca domingo baylé  
que no la sacasse a plaça,  
son que una vez la saqué  
y echóme la calabaza.

Yo espérela  
hin a un día de la vela,  
que sin dezille palabra,  
mia fe, si vos plaze, apañela,

que quedó casi sin habra.

Como alano  
la tenía en aquel llano:  
«¿Dexarás?» «¡No dexaría!»  
Y ellâ morderme la mano,  
y el zagal que no dormía.

Y en aquesto,  
ella tiesta y yo retiesto,  
ella branca y yo amarillo,  
no pudiendo velle el gesto  
mordílla en el colodrillo.

La maligna  
mengarrafa la sopina;  
en aquesta negra discordia  
¡Dios mal juba me festina!  
Yo grito: «¡Misericordia!  
¡Déxame ora!»  
No quería la traydora.

«¡Dexa, hermana!»y ella, embuelta:  
«¡Por tu bida, ni aun agora!»  
«¡Por la mía, mia fe, suelta,  
o perraça,  
papitos de gallinaza!

No llores esse velete,  
que me has fecho la mostaza  
reventar por el ojete.»

Conclusyón:  
que ella me pide perdón  
y me dixo al cabo al cabo  
que no comprasse melón  
sin oler primero el rabo.

O borrica,  
¿digo yo qué significa?  
Diz porque amor es malsín,  
el que de amores se pica  
huela el rabo, que es el fin;  
que a mi ver,  
el melón y la muger  
a quien no los suela usar

son malos de conocer  
y buenos de blasfemar.

Quiso Dios  
que lo quistión dentre nos  
naqueste medio acabóse;  
dende a un año, y creo que dos,  
la bova tomó y muriósse.

¡Mallograda!  
Que viniendo del arada  
Muchas vezes me ganó,  
que tirava un aguijada  
quatro passos más que yo.

¡Qué braçones,  
qué pezachos, pernejones,  
bocacha de oreja a oreja,  
los ojos dos barreñones,  
la nariz como una teja!

Donde, di...  
no me aliembra...sí, sí, sí:  
ell otro día, en una boda,  
vi una muger, juri a mí,  
que se le parecía toda.

Descrepava  
que Luzía no mostrava  
color de negra tan fina,  
que un poco más semejava  
a la mi burra mohina.

Comoquiera  
que me acuerdo qué tal era,  
con el cariño que me atiza  
la complición se me altera,  
y el cabello se me eriza.

Y helo errado  
en averme della acordado,  
que la lágrima me assoma,  
y oy no comeré bocado,  
aunque me acossen que coma.

Quay de mí,

nora mala acá nascí,  
ranilla me despedasce  
porque soy venido aquí  
do tanta ravia me nasce.

¡O mesquino,  
lloricraca mortezino,  
lagrymita nunca seca  
y jarrazos de tocino,  
coraçones de manteca;  
derretido  
como el sevo al sol tendido,  
como cera en el tejado!

¡Dome a diole, pan perdido,  
corpacho mal empleado,  
perrazón,  
sopa muelle en calderón  
madexa mal devanada,  
quartachos de requesón,  
zangarrones de quajada!...

Ved a quién,  
do tanta gente de bien,  
embían a pernociar;  
que vos juri a Sanctarén  
que estoy por no me acordar.  
Asmo que  
la gran tirria que tomé  
me a fecho turbar assí,  
aunque no me patiré  
sin daros cuenta de mí.

No ha poder  
son que tengo de caher  
en el demoño a qué vengo,  
pues no se me ha desconder...  
¡Juri a diez, aquí te tengo!

No es nadeta,  
son que os trahen de cacheta  
una co... ¡o mal bocabro!,  
una comer, o cometa...

comedia, doyla al diabro;  
que el auctor

no halló otro embaxador  
que arrojasse más porradas;  
y porque notéys mejor,  
se parte en cinco jornadas.

Lo primero  
ha de entrar un escudero  
que le llaman Aquilano,  
con Faceto, muy artero  
siervo suyo, y como hermano;

y él con él  
entran por este vergel  
a hablar con Felicina,  
que muere de amores dél  
y él por ella que se fina.

Largamente  
habran la noche presente,  
queda essótra concertada;  
salidos encontinente,  
cessa primera jornada.

Dos villanos  
salen luego muy hufanos  
a cavar, que es un mysterio;  
son del jardín ortelanos,  
dichos Dandario y Galterio.

Perpassadas  
muchas pullas y alcaldadas  
que entrambos han descargado,  
encuentran con las pisadas  
del bueno del namorado.

Sal Dileta,  
camarera muy secreta  
y a Felicina muy junta,  
que a los necios la discreta  
por Faceto les pregunta.

Vien Faceto  
que en servir con gran efeto  
a su Dileta se funda;  
habla con ella en secreto:  
h' aquí jornada segunda.

Luego aýna  
con Dileta, Felicina  
sale a esperar a su amigo,  
y en viniendo se encamina  
y os lo dexa sin abrigo;

y Aquilano,  
como amador soberano,  
sentido dello y no poco,  
se cae cabe un mançano,  
dando bozes como loco.

Y al gritar  
lo salen a conjurar  
los villanos como quiera;  
va el uno el Rey a llamar:  
he aquí jornada terçera.

Muy sentido,  
porque era muy favorito,  
Bermudo, rey, llega aýna,  
d'España rey tan querido,  
padre de la Felicina;

y en lo oýr  
manda médicos venir.  
Vienen rezios como un trueno:  
Polidarios sé dezir,  
y Esculapio y Galieno.

No acertaron,  
ni su mal adivinaron,  
ni sabían medicallo,  
con que por damas mandaron  
que vengan a consolallo.

Y un anciano,  
teniendo el pulso Âquilano,  
passando la dama ingrata,  
conoce luego en la mano  
que Felicina lo mata.

Ya quería  
matallo el Rey con porfía;  
diz Faceto que lo aparta

ques hijo del rey dUngría,  
y acaba jornada quarta.

Felicina,  
no lo sabe tan aýna  
sálese al jardín âhorcar;  
Dandario, Dios lo encamina,  
en que la sale a estorvar.

Su Dileta  
dos vezes, como discreta,  
salió también a estorvalla,  
y a las tres, muy alegreta,  
salió del todo âlegralla.

Vien Faceto,  
viene el Rey, por buen respecto,  
y el novio y una tracada;  
y en abraços, yos prometo,  
cumple la quinta jornada.

Concluyamos  
que a la comedia llamamos  
Aquilana, laguililla;  
y atendáys, os suplicamos,  
y el hombre se recoquilla.

## JORNADA PRIMERA

Personajes:

AQUILANO.  
SIERVO FACETO.  
FELICINA.  
GALTERIO.  
DANDARIO.  
DILETA.  
FACETO.

AQUILANO. Hermano mío Faceto,  
pues que me fío e ti,  
has que seas tan discreto  
como has sido hasta aquí.



FACETO. Mas, señor,  
dime ¿qué nuevo temor  
te haze de mí dudoso?

AQUILANO. Habla passo, por mi amor,  
que el lugar es sospechoso,  
y a plazer;  
que aunque sé que me has de ser  
muy leal hasta que muera,  
todavía es menester  
recordártelo siquiera.

FACETO. Esso bien.

AQUILANO. Ven acá, dime tú ¿quién  
te fuera tan buen amigo?

FACETO. Dime tú, señor, también,  
si en ello pierdes conmigo.

AQUILANO. No, en verdad.

FACETO. Dime, pues, con brevedad,  
tu principal intención;  
que aquí no ay comunidad  
para tanta dilación.

AQUILANO. No aya más;  
todos mis hados sabrás  
antes que de ti me parta;  
aunque no sé si verás  
a leer aquesta carta.

FACETO. O fortuna,  
¿no te acuerdas vez alguna  
los moços de las escuelas  
yrse a estudiar a la luna  
por no gastar las candelas?

AQUILANO. No lo sé.

FACETO. Pues yo te la leeré  
sin errar ni dos razones,  
aunque fuera, en buena fe,  
letra de suplicaciones.

AQUILANO. Pues, aýna.

FACETO. Por mi fe, Dios te encamina  
si te sabes gobernar.  
¿Ya te escribe Felicina?

AQUILANO. Di, si quieres acabar.

FACETO. Sí haría,  
sino que ser no podría  
más ruyn letra de muger,  
porque está de fantasía  
de no dexarse entender.

AQUILANO. ¡Qué razones!

FACETO. Assí Dios te dé mil dones  
y a mí saque de trabajos,  
que fue escrita con carbones  
o con pies descaravajos.

AQUILANO. ¡O villano  
descortés y mal cristiano!  
¿No conoçes ser escripta  
de aquella divina mano  
llena de gracia infinita?

FACETO. No consciento  
que con esse pensamiento  
pongas tu vida al tablero  
y a tu honrra en detrimento,  
y en peligro al compañero.  
Si quisieres,  
mira bien, señor quién eres  
y acuérdate de tu padre;  
cata por locos plazerres  
no quieras salir de madre.

AQUILANO. Yo te ruego  
que me busques más sossiego  
notando bien mi querella;  
que una olla con gran fuego  
revierte quanto ay en ella.

FACETO. No traspases;  
que quando tú te templasses

de que a tal dama sirviesses,  
yo folgaría que amasses  
pero no que enloqueciesses.  
Mayormente,  
si pusiesses en la mente  
que de ningún bien careces,  
y aunque ella es dama excelente  
más que fuese, la merescas.  
¿Qué más quieres?  
¿Fáltate estado o averes  
porque esta dama te niegue?  
Si tú le dices quien eres  
yo salgo que ella te ruegue.

AQUILANO. Di, salvaje,  
¿qué gloria, sin que trabaje,  
merece ningún nascido  
en lo que por su linage  
se ha hallado merescido?  
Ya yo sé  
que es gran bien el que heredé,  
pero querría probar  
a ver si por mí podré  
merecer mejor lugar.  
Y no niego  
ser amor cruel y ciego;  
pero con quanto trabaja,  
quiero yo ganalle el juego  
dándole aquesta ventaja.

FACETO. Tu concierto  
no lo alabo al descuberto;  
porque a veces es dañoso  
tentar el peligro cierto  
por el remedio dudoso.  
Mas, señor,  
consejarte un servidor  
es echar seso en la calle,  
porque el encendido amor  
dizque peor es hurgalle.  
Si ha de ser,  
por demás es contender  
en tal lugar, y a tal hora;  
quiero acabar de saber  
qué te scrive esta señora.  
«Aquilano,

porque no es más en mi mano  
yo tescuro burramente...»

AQUILANO. Mira que dize, villano,  
«yo te scrivo brevemente».

FACETO. Assí está;  
«Si esta noche ser podrá  
ten perro por do sorrabes.»

AQUILANO. Mira, bestia, qué dirá  
«te espero por donde sabes».

FACETO. Sin reñir.  
«Y en el entrar y salir  
las piernas se te rompiessen.»

AQUILANO. Cata que deve dezir  
«las piedras no te sentiessen».

FACETO. Es verdad.  
«Mira, en fin, mi culidad,  
no me des higa en el ojo.»

AQUILANO. Di, necio, «mi calidad,  
no me des algún enojo».

FACETO. Ora espera,  
assí está desta manera:  
«Haz que no quede preñada.»

AQUILANO. Dote al diablo siquiera,  
pues claro dize «penada».  
Tú estás ciego.

FACETO. «Y sobre todo, te riego  
lo que sabes por mi amor.»

AQUILANO. ¿No miras que dize «ruego»?

FACETO. Aun yo dezía mejor.  
«Y al entrar,  
porque te pudras salar,  
tinaja de sopas hechas.»

AQUILANO. «Porque te puedas salvar,

ten ojo adonde sospechas.»

FACETO. Si me das,  
por mi fe, no ganarás  
un cuento y trescientas mil.

AQUILANO. Acaba ya, si querrás,  
si no ¡por Dios, don cevil!...

FACETO. ¡O, qué arengas!  
«Diez huevos mando que tengas  
estrellados a la luna.»

AQUILANO. «De nuevo mando que vengas  
entre las doze y la una.»

FACETO. Pues, señor,  
¿no me dexarás mejor?  
O dala por acabada.

AQUILANO. Dezid, villano traydor;  
no quiero que quede nada.

FACETO. ¿Dó llegamos?  
«Yo y Dileta te espetamos  
por el hueco sendas barras.»

AQUILANO. Di grossero, «te esperamos  
por el huerto so las parras».  
¿Has leýdo?  
Daca acá, palo vestido,  
que no sabes dónde t'eres;  
pon a la calle el oýdo  
y el ojo adonde a mí vieres.

FACETO. De buen grado.  
Hora Dios sea loado  
que mi amo dio en amar,  
que el seso se le ha mudado  
de la frente al calcañar.  
Mal cruel  
es ser el hombre fiel  
con quien pierde la razón,  
yo me estoy burlando dél  
y él no siente el aguijón.  
Por mi honor,

le seré buen servidor  
mientras tengo la pelleja,  
caso que desta lavor  
poco bien se me apareja.  
Pero andar,  
¿qué se gana en procurar  
de llegar a la vejes,  
pues que no puede escusar  
de morir hombre una vez?  
Más valdría  
buscar plazer y alegría,  
cueste la frente o el asa;  
par Dios, si veo el buen día,  
que yo lo meta en mi casa.  
Por fatiga  
no consiento que se diga  
que se va mi tiempo en vano,  
quiero buscar una amiga  
y hazer como Aquilano.  
Hora ver,  
Dileta me dixo ayer:  
«No pareces como sueles»;  
aquí no es más menester,  
ella ha gana de manteles.  
No es hermosa  
pero basta que es graciosa,  
y aun gentil para en la cama;  
puede tener, otra cosa,  
mejor cuerpo que su ama.  
No soy viejo,  
ni me fallece consejo  
ni otras cosas que hombre calla;  
basta, que tengo aparejo  
para poder contentalla.  
Pues callar;  
dexadme tener lugar,  
veréys cómo urdo y tramo.  
¿Qué haze de passear  
aquel loco de mi amo?  
Quiero oír  
que ella no deve sallir,  
y no saldrá por ventura,  
y él algo deve dezir  
con la fiebre y calentura.  
Tengo mientes.

AQUILANO. Salga la boz de mis dientes

sin tener vanos ultrages,  
vaya de gentes en gentes  
y de lengua en lengüajes;  
començando

do ningún pueblo dexando  
cantones, plaças, ni calles,  
mas continuo resonando  
por silvas, montes y valles  
y caminos,  
los estraños y vezinos,  
sin dexar uno tan sólo  
dende la cuna de Ninos  
hasta el sepulcro de Apolo.

Sin parar

la Fama tenga que dar  
sus mil oýdos que oyr,  
sus mil ojos que mirar,  
sus mil lenguas que dezir  
de Aquilano,  
más que de Paris troyano,  
por muchas venturas mías,  
y que muero más hufano  
que el glorioso Macías,  
por amores,  
los más altos y mejores  
que en el mundo son ni han sido,  
y los más merescedores  
que pudo formar Cupido.

Sin medida,

o qué merced tan cumplida  
para jamás olvidalla,  
fue darme Dios esta vida  
para tan bien emplealla.

¿Qué más quiero?

¿Qué más ay? ¿A cuánto spero?

Quiero andarme, que ya es hora;  
mas non cale, que me muero  
por mano de mi señora.

Felicina,

ven, señora, pues, aýna,  
haz tus manos carniçeras,  
y desta carne mezquina  
cortarás por donde quieras.

Si querrás,

mi coraçón sacarás

con las uñas de tus manos;  
con mi sangre regarás  
esos pechos tan hufanos,  
Ven, traydora,  
haz de mí justicia agora,  
no me niegues tu sentencia,  
pues tantas veces, señora,  
me negaste la clemencia.  
Sin dubdar,  
según tu mucho tardar  
no tienes de mi memoria;  
o no me quieres matar,  
por no me dar esta gloria.  
Y a mi ver,  
a tu pesar, o plazer,  
moriré en esta conquista,  
porque me mata el querer  
con las armas de tu vista.  
No lo creo;  
comigo mismo peleo,  
no ay aquí otro matador,  
sino que bivo me veo  
dentro del fuego de amor.  
Hora, pues,  
frío estoy, no sé qué es.  
¡Valme la Virgen María!  
Soy la çarça de Moysés  
questava verde y ardía.  
No es possible  
ni es éste el fuego terrible  
que al fénix haze bivar,  
ni tampoco el invisible  
que Ecuba se vio parir.  
Pues ¿qués esto?  
¿Tornéme loco tan presto  
por amores de una dama  
que tarde niega su gesto  
lo que promete su fama?  
Tan real,  
reyna mía singular  
mi señora Felicina:  
¡quán bendito es aquel mal  
que espera tu medicina!  
Si me entiendes,  
¿cómo luego no descienes  
a mis bozes soberanas,



y me sueltas, o me prendes,  
o me matas, o me sanas?  
Di, crüel,  
¿sientes tú deste vergel  
ningún árbol menear?  
Quantas yervas ay en él  
todas están a escuchar,  
pues las fuentes  
detuvieron sus corrientes  
porque pudiessen oyrme,  
las aves que son presentes  
no cantan por no impedirme,  
pues el cielo  
todo está que es un consuelo,  
todas las gentes reposan,  
las aves no hazen buelo,  
los canes ladrar no osan...

FELICINA. ¡A, señor!

AQUILANO. Tu siervo por tu valor.  
¿Qué mandas hazer de mí?

FELICINA. Que me digas por mi amor  
si ha mucho questás aquí.

AQUILANO. Non lo sé,  
sino questoy y estaré,  
con fatiga y pena harta,  
donde partir no podré  
sin que del mundo me parta.

FELICINA. Mas, de veras,  
¿a gran rato que me esperas?,  
que cierto no te êntendido.

AQUILANO. Señora, si tú quisieras,  
muy bien sé que me has oýdo;  
mas soy cierto  
que llamarte con concierto  
y amarte con fe tan buena,  
son dar bozes en desierto  
y edificar sobre arena.

FELICINA. Pues no llores,  
pusilánimo en amores;

que aunque no me lo agradescas,  
el menor de mis favores  
te paga más que mereces.  
Piensa agora  
que siendo yo tu señora,  
por amar un tal qual eres  
me hallo merescedora  
de todo quanto dixeres,  
Y en verdad,  
si mi libre voluntad  
está puesta en tal tristeza,  
más fue por mi seguedad  
que no por tu gentileza.  
Por tal arte  
que devrías mesurarte,  
no pudiéndote hablar,  
pues que puedes contentarte  
con quererte yo mirar.  
¿O pensavas  
que si la villa tornavas,  
la fortaleza tenías?  
Que son tan fuertes sus cavas  
que no temen tus porfías.  
Y es verdad  
que en ganar la voluntad  
la villa tienes estable,  
pero no la honestidad,  
ques castillo inexpunable.  
De manera  
que aunque más ganas tuviera  
de seguirte de afición  
la vergüença me hiziera  
no salir de la razón.  
Pues, traydor,  
si tú no tienes amor  
a mi honrra, que es la tuya,  
tuviésseslo a tu señor  
en honrrar la hija suya.  
Pues que sabes  
en quánta gracia le cabes  
y en quánto favor estás,  
y dubdo que no te alabes  
si tan ruin paga le das.  
Y esto digo,  
y al tiempo hago testigo  
de tu cevil pensamiento,

porque te burlas conmigo  
pensando que no te siento.  
Tu denuedo  
me pone temor y miedo,  
por donde creo, Aquilano,  
que desque tienes el dedo  
querrías tomar la mano.  
Pues, ingrato,  
quanto yo mejor te tracto,  
y el querer tan a la clara,  
son hazer fiestas al gato  
para que salte a la cara.  
Y a mi ver,  
los hombres en el querer  
soys raposos par a par:  
halagáys para prender  
y prendéys para matar.  
¡Guay de aquélla!  
Que aunque sea linda y bella  
la muger que os muestra amor,  
no hazéis más caso della  
quel Papa de un Labrador.  
Ni se cuenta,  
ni se lee, ni se mienta  
que muger, mala ni buena,  
hizo a hombre tal afrenta  
qual Tehereo a Filomena.  
No se diga:  
mas por salir de fatiga,  
di ¿quál varón ni mançebo  
hizo el caso de su amiga  
que oy haze Clicie de Febo?

AQUILANO. Ya, señora,  
basta y sobra por agora,  
yo me rindo, pues que muero;  
queda tú por vencedora  
y yo por tu prisionero  
con razón.  
Mas quiero también un don,  
si he caydo en tanta mengua:  
que no pague el corazón  
por las faltas de la lengua.  
Que, lo cierto,  
con tanto seso y concierto  
te desseo contentar,

que jamás, bivo ni muerto  
no te querría enojar.

FELICINA. Ciertamente,  
no hagas del inocente,  
ni me tengas por tan loca  
que sobre esse consiguiante  
te meta el dedo en la boca.

AQUILANO. Puede ser,  
pero hágote saber,  
porque pierdas esse miedo.  
que ante tengo de morder  
a mi lengua que a tu dedo.  
Pero andar,  
yo me torno a mi callar;  
mi vida pongo en tu mano;  
sé que no podrás negar  
que soy tu siervo Aquilano.

FELICINA. Mas, quán cierto  
te finges raposo muerto  
y echas la lengua de fuera,  
quedando bivo y despierto  
par burlar a qualquiera.  
Pero va,  
tomarás mañana acá  
por tus secretas escalas,  
que cuervo no puede ya  
ser más negro que las alas.  
Y te pido  
que vengas bien proveýdo;  
no te fíes de tus manos,  
guarda no fuesses sentido  
destos nuestros ortelanos.

AQUILANO. Ya señora,  
lo proveý sin âgora.  
Con su licencia me vo;  
quedes tú tan en buen hora  
como la 'n quien Dios nació.

FACETO. ¡Voto a Dios!  
De acuerdo quedan los dos,  
los amores van calientes;  
que me maten, veréys vos,

si no remojan los dientes.

AQUILANO. O Faceto,  
si me tuviesses secreto  
¡qué nuevas te contaré!

FACETO. Ten a tu fama respecto,  
que el resto todo lo sé.

AQUILANO. ¿Por qué vía?

FACETO. Porque ya, señor, oya  
casi todo desde aquí.

AQUILANO. Bien me plazze, mas querría  
que me lo oyesses a mí.

FACETO. Norabuena.  
Salgamos de casa agena,  
después me cuenta la hystoria.

AQUILANO. ¡O bendita aquella pena  
que acarrea tanta gloria!  
¡O pesar  
que me traes a parar  
en plazer tan glorioso!  
¡O, cuántos por no afanar  
nunca tuvieron reposo!  
Mundo ciego,  
del qual hombre derreniego  
que no sabe el mal de coro,  
y no se echa en un gran fuego  
por afinarse como oro.  
Dios nolvida  
al que con vida afligida  
los sus años bien derrama;  
que bien perdiendo la vida  
se cobra la noble fama.  
Que si escuchas,  
no se ganan rentas muchas  
sin sentir algunas plagas,  
ni vemos que toma truchas  
quien no se moja las bragas.  
Siente, loco,  
porque en la causa que toco  
quesiste ser el alcalde,

nunca mucho costó poco,  
nin se dan perlas de balde.

FACETO. Bien está.  
Vámosnos, que es hora ya,  
y estar aquí no es honesto.

AQUILANO. Ve adelante, y anda allá,  
que en casa te diré el resto.

## JORNADA SEGUNDA

GALTERIO.  
DANDARIO.  
DILETA.  
FACETO.

GALTERIO. ¡Hao! collaço, dormilón,  
apaña tus arrapieços,  
que su padre de Fetón  
va ya por esos cabeços.  
Abre el ojo.

DANDARIO. Carillo, no ayas enojo,  
que, mia fe, ya me levanto;  
mas mira tu martilojo,  
qentiendo ques oy disanto.

GALTERIO. Mas ¿de veras?  
Pues si no me lo dixeras  
do al diablo al que guardara.

DANDARIO. Busca, pues, las dissanteras,  
que cuydo ques Santa Clara.

GALTERIO. Puede ser;  
mas en cosas de leer  
no sé más que una borrica,  
si no me das a entender  
en qué anda la dominica  
deste mes.

DANDARIO. Deve de andar en sus pies  
mientras no va cavalgando.

GALTERIO. Dote al fuego, mala res,  
siempre me hablas burlando.  
Pues, par Dios,  
si no buscamos los dos  
no hallo disanto ninguno.

DANDARIO. Muestracá, cuerpo de Dios,  
que aun valdremos dos por uno.

GALTERIO. Compañero,  
¿de mañana estás puntero?  
Pues: çahúndote las migas.

DANDARIO. Mas tápote el agujero  
y arrójote un par de higas.

GALTERIO. Guarda huera,  
cortada tan ruin higuera  
y aun quemado el higueral.

DANDARIO. Apúntote a la mollera  
y enclávote el angonal.

GALTERIO. Mas pepita  
en aquessa lengua maldita,  
y que mueras mallogrado.

DANDARIO. Mas con esta agua bendita  
te baptizo el ahijado.

GALTERIO. Mataviejas,  
abarráncote las cejas  
y encoméndote al diablo.

DANDARIO. Santígote las orejas  
y el ojo te descalabro.

GALTERIO. Desse modo  
quanto tienes te chapodo;  
lóbado malo que te entre.

DANDARIO. Escántote a piedra y lodo  
la chimenea del vientre.

GALTERIO. Buen garrote  
que te ahirmasse el cogote

y esos caxcos, pues no callas.

DANDARIO. Mas espétote el cipote  
y píssote las agallas.

GALTERIO. No harás.

DANDARIO. Sí haré, si tú querrás.

GALTERIO. Dexemos dessa contienda,  
miremos que nos va más  
en la ordinaria hazienda.

DANDARIO. Pues veamos,  
¿qué será bien que hagamos  
ora enantes que almorzernos?

GALTERIO. Tan rellotrados estamos  
que no sé por dó empecernos.

DANDARIO. ¿Quieres buena?  
Reguemos el açucena,  
los jazmines y el rosal,  
y después la berenguena,  
los garvanços y el haval.

GALTERIO. Sí, requiero;  
pero reguemos primero  
las coles y las cebollas,  
pues que sabes, compañero,  
quánto nos honran las ollas.

DANDARIO. Mas, de veras,  
reguemos estas higueras:  
la prieta y la vacallar,  
la tocada y las breveras.  
la verdega y el y alvar.

GALTERIO. No te mates,  
dexemos esos debates,  
que el regar no es cosa cierta;  
reguemos nuestros gaznates,  
cáguese el Rey en su huerta.

DANDARIO. Yo diría  
que mucho mejor sería,



mientras Febo no se llega,  
que cavemos cada día  
sendos ratos desta vega.

GALTERIO. ¿Qué cavemos?  
Si dixeras almorzemos,  
yo fuera por las açadas;  
mas digo daca, miremos:  
¿de quién son estas pisadas?

DANDARIO. Dime, ¿quáles?

GALTERIO. Mira cuántas y qué tales;  
oy quedamos desonrados.

DANDARIO. ¿Qué diabros de zagales  
han sido tan ahotados  
que han entrado  
onde bien han negociado,  
pues con las vidas bolvieron?

GALTERIO. Dome a Dios, questó espantado  
pensando cómo subieron,

DANDARIO. ¡Y escalaron!

GALTERIO. Pues veamos a qué entraron,  
no tengamos que pagar.

DANDARIO. Por algo se aventuraron,  
mas ¿qué podrían llevar?

GALTERIO. Las ciruelas.

DANDARIO. Calla, hermano, no las duelas;  
y si tornaren al trato,  
quedarán por las piuelas  
y pagarnos han el pato.

GALTERIO. Peccador,  
no lo pagues tú mejor  
si nuestro señor lo sabe.

DANDARIO. Mia fe, non le tengo temor;  
ve, dile que me sorrabe.

GALTERIO. Non prosigas,  
porque si no te castigas,  
yo diré tus ruynes talles.

DANDARIO. Una me da que lo digas,  
otra me da que lo calles.

GALTERIO. Bovarrón,  
¿con el Rey buscas questión?  
Perdido tienes el tino.

DANDARIO. Que no tengo a quantos son,  
en un cantar vizcaýno,  
Di, bestial,  
en lo que es más principal  
¿quánta ventaja me lleva?  
Ambos somos de un metal,  
y hijos de Adam y Eva.  
No te pene,  
que si reynar le conviene,  
con aquesto me consuelo:  
que si más del mundo tiene,  
menos espera del cielo.  
Y aun te fundo  
que los bienes deste mundo  
son recueros del infierno,  
que acarrear al profundo  
las almas de mal gobierno.  
¿Y as notado  
que bivió Dios despojado,  
con pobreza y amargura,  
y aun quiso ser enterrado  
en agena sepultura?  
Y a mi ver,  
nos quiso dar a entender  
que, de razón muy notoria,  
le convino padecer  
para que entrasse en su gloria.  
Por mostrar  
que los que suelen holgar  
se hallarán arrepisos,  
y que no pueden gozar  
ni tener dos paraýsos  
los groseros  
que enfingen con los dineros  
y tienen grand fantasía,

pues los más gruesos carneros  
van a la carnicería.

GALTERIO. Pues, Dandario,  
yo no te digo el contrario,  
sino que temo y sospecho  
que nos quiten el salario  
por el mal que otros han fecho.

DANDARIO. No harán,  
y si hazello querrán,  
en Dios, hermano, confío;  
que nadie marra del pan  
y del agua de esse río.

GALTERIO. Bien atinas,  
y aun que las rancias sardinas  
nos saben a nos mejores  
que las muy gordas gallinas  
a los reyes y señores.

DANDARIO. Déssos vienen  
los que más pompa mantienen,  
y aquéllos contino veo  
más tristes por lo que tienen  
que yo por lo que desseo.

GALTERIO. Mia fe, sí;  
continuamente los vi  
metidos en gran tristeza,  
lo que no, dirán de mí  
ni de quien tiene probesa.  
Pues, aosadas,  
que a pesar de malas hadas  
nunca yo tema en mis días  
perder las naos cargadas  
de grandes mercaderías,  
ni cuydados  
me detengan los bocados  
entre la boca y el plato,  
ni temo que mis ganados  
se me mueran cada rato.  
Paro mientes  
que las perdidas simientes  
ni las duelo ni las lloro,  
ni temo que mis sirvientes

me hurten la plata y el oro  
ni dineros,  
ni que los mis ganaderos  
hagan salas de mi lana,  
ni que los mis herederos  
me busquen muerte temprana;  
mas holgando,  
por los caminos cantando  
sin temor de los ladrones,  
dos mil solazes tomando  
con mis yguales garçones,  
por villares  
hallando nidos a pares,  
comiendo migas tostadas,  
dormiendo en buenos parajes,  
¡y llueva Dios a manadas!

DANDARIO. Calla, hermano,  
da gracias al Soberano  
que te da contentamiento;  
que en este mundo villano  
ésse es rico, el ques contento.

GALTERIO. Sé dezir  
que si veniesse el morir,  
nos puede siempre fallar  
tan alegres para yr  
y más que para quedar.

DANDARIO. Sus, tornemos  
a pensar lo que haremos,  
hablando agora en buen seso.

GALTERIO. Que si quieres, almorzemos;  
aquí tengo pan e queso.

DANDARIO.¿Qué otra cosa?

GALTERIO. Dos tassajos con su grosa,  
la mejor de Madrigal,

DANDARIO. La calabaza es mocosa,  
Dios que la guarde de mal.

GALTERIO. Por no errar,  
nos devríamos tornar

a las choças sendos ratos,  
tú, si quieres, âlmorzar;  
yo adobaré mis çapatos.

DANDARIO. Vamos vía.  
que olvidado se me avía  
si no me lo recordaras,  
porque yo también querría  
remendar mis antiparas.

GALTERIO. Desse modo  
haremos el día todo,  
a pesar del Rey, disancto.

DANDARIO. Ponte tú y el Rey del lodo,  
y el Rey y tú del quebranto.

DILETA. ¡A ortelano!

GALTERIO. ¿Quién llama?

DILETA. Yo soy, hermano.

DANARIO. ¿Es Dileta?

GALTERIO. Creo que sí.

DILETA. Di, ¿Faceto, el de Aquilano,  
es ydo agora de aquí?

GALTERIO. No señora.

DILETA. Por fruta venía agora,  
si bien lo supe entender.

GALTERIO. Nunca viene él a tal hora  
hasta que quieren comer.

DILETA. Si viniere,  
dezilde que aquí me espere,  
que le tengo de hablar.

GALTERIO. En buen hora. ¿Qué lo quere?

DANDARIO. Véslo tú a preguntar.

GALTERIO. Si escopieça  
juri a diez que es mala pieça  
y que no me maravillo,  
sí le come en la cabeça,  
porque se rasque el tovillo.

DANDARIO. Yo querría  
que le hablastes un día,  
tú que enfinges de garçón,

GALTERIO. Juri a dobre, bien sería  
matalle la comezón.

DANDARIO. Si la vías,  
por tu fe, ¿qué le dirías  
de presto en arremetiendo?

GALTERIO. Diríale: «Buenos días»  
si fuesse en amaneciendo.

DANDARIO. Peccador  
que enfinges de hablador  
y de echar mucho la chuça,  
Pues ¿no vees quera mejor  
quitalle la caperuça?

GALTERIO. Majadero,  
sí que esso es lo primero;  
no te pienses que me olvido.

DANDARIO. Pues ¿qué le dirás empero  
quando fuesse el sol salido?

GALTERIO. Para allí  
menester es, juri a mí,  
mucho bien astrologar.

DANDARIO. Ora te quiero yo a ti.

GALTERIO. Déxame un poco pensar.  
¿Sabes qué?  
Juri a diez que le diré:  
«Dios mantenga y remantenga.»

DANDARIO. No la digas, por tu fe,  
ques palabra un poco luenga.

GALTERIO. Qué diablo,  
dezillé como horas habro:  
«Dios os guarde acá, nuestra ama.»

DANDARIO. No me encaxa esse vocabro,  
ques muy gofo para dama.

GALTERIO. ¿Quieres oyr?  
A la fe de te dezir:  
«Mi coraçón espetado...»

DANDARIO. Para hazella reyr  
punca mejor has habrado,  
Ora ver,  
y para dalle a entender  
que la querías besar,  
¿cómo havías de hazer?

GALTERIO. A la fe, allí es el cagar.  
Mas, hermano,  
juri a sant, como un alano  
me arremetiesse a las haldas,  
y echalle presto la mano,  
y dar con ella de espaldas.

DANDARIO. ¿Si gritasse?

GALTERIO. Juri a diez os le frocasse  
por qualquiera palabrita,  
mas aosadas que callasse  
y aun que estuviesse quedita.

FACETO. ¡A, ortelanos!

DANDARIO. ¿Quién llama?

FACETO. Yo soy, hermanos.  
La cestica venga llena;  
hazed que os anden las manos  
y que me deys cosa buena.

DANDARIO. Juri a mí,  
Dileta vino tras ti  
y ha dicho de la ventana  
que la esperasses allí.

FACETO. Voto a Dios, de buena gana.

GALTERIO. Pues, si quieres,  
coge tú lo que quisieres,  
que estarás más de vagar;  
y por tu fe que la esperes,  
que nos ymos âlmorzar.

FACETO. En buen hora.  
O, qué tiempo tengo agora,  
y cómo me viene hecho,  
para ver si esta traydora  
me quiere como sospecho.  
Todavía  
sé que su ama la embía,  
como no asienta el pie llano,  
con qualquier mensagería  
para mi amo, Aquilano.  
Mas, si puedo,  
quiero contalle sin miedo  
lo que de mí determino,  
y aun mostralle con el dedo  
por dó va el agua al molino.  
Que es medrosa,  
y assí como es vergonçosa,  
siempre quiere una donzella,  
que aunque muera por la cosa,  
que hombre le ruegue con ella.  
Pues, de amores,  
¿qué valdrían los mejores,  
o cómo serían buenos  
si no costassen dolores,  
o palabras a lo menos?  
Que, del resto,  
aquel esconder de gesto,  
aquel huyr y dar gritos,  
salsa verde es todo aquesto  
que crece los apetitos.  
Pues veamos,  
los que por damas penamos,  
si la razón conocemos,  
bástanos que las ayamos  
en el lugar que queremos.  
Que a mi ver,  
para gozar del plazer



lo demás al hombre toca,  
que no se lo han de meter  
con la cuchara en la boca.  
Dios quisiese  
que a Dileta yo tuviese  
tras uno destes mançanos;  
mi daño, si no supiesse  
desembolverme las manos.  
O, qué gana  
traygo yo esta mañana  
para hazer y dezir;  
pero hela a la ventana,  
por alto se avra d'ir.  
Mi señora,  
vos estéys mucho en buen hora,  
Dios os haga tan dichosa.

DILETA. Dexa las burlas agora,  
que más nos va en otra cosa.

FACETO. Si miráys,  
las burlas que vos usáys  
son las que dexar devéys,  
que de burlas me miráys  
y por burla me tenéys.

DILETA. ¡O gratioso!  
Nunca te vi tan donoso,  
ni en tus hablas tan galán.

FACETO. Ni tan fuera de reposo,  
ni tan metido en afán.

DILETA. ¿Y por qué?

FACETO. Porque me mata la fe  
que me tiene a tu mandado,  
y muero porque no sé  
cómo estoy allá en tu grado.

DILETA. ¡Qué plazer!  
Ya el mundo se va a, perder  
pues ora tú me motejas,  
aunque no puedo creer  
quede verdad me festejas.

FACETO. Guay de mí,  
pues del día en que te vi  
que contra mí te encaravas,  
en aquel punto crey  
que de verdad me tiravas.

DILETA. Ay, Faceto,  
cómo te hazes discreto  
con enferrados denuedos.  
Pues de mí, yo te prometo  
que no me mamo los dedos;  
ni ay razón,  
sin salir yo de un rincón,  
que a nadie cause fatiga;  
mas tú, tras cada cantón  
deves tener una amiga.  
Non curéys,  
que en los hombres, como veys,  
dos mil maldades se encierran,  
morisos por quantas veys,  
y maldito aquel que entierran.

FACETO. Sé contar  
que los muertos por amar,  
vencidos en esta guerra,  
estamos por enterrar  
por no consentir la tierra.  
Y es locura  
procurar yo sepultura,  
sino que, por más vitoria,  
le suplico a mi ventura  
que me entierre en tu memoria.

DILETA. Ora siento  
que buscas buen monumento;  
no pensava que eras déssos.

FACETO. Dígolo con pensamiento  
que no me duelan los huessos.

DILETA. ¿Es assí?  
Mirar me cumple por mí,  
fatiga se me apareja;  
mas ¡qué lobo estava en ti  
metido so piel de oveja!

FACETO. Pues, amiga,  
si tu belleza me obliga,  
¿qué yerro hago en amarte?

DILETA. No más de tomar fatiga  
para nunca aprovecharte.

FACETO. Los amores  
quando traen más dolores  
nos dexan más satisfechos;  
que los veros amadores  
no buscan esos provechos.

DILETA. Tú querrías  
con esas chocarrerías  
que yo te abriese a tu guisa,  
y después ensayarías  
de buscarme la camisa.

FACETO. No ayas miedo  
y ábreme.

DILETA. Pues alça el dedo.

FACETO. Veslo aquí, ya estás segura.

DILETA. Yo me guardaré, si puedo,  
de hazer tal travessura.

FACETO. ¡Qué espantar!  
¿Quiéresme un día escuchar,  
pues no tengo otro remedio?

DILETA. Siempre me puedes hablar  
mientras oviere tierra en medio.  
Por agora  
te puedes yr en buen hora,  
y has de dezir Âquilano  
como dize mi señora  
que venga solo y temprano.

FACETO. Sí diré,  
pero dime, por tu fe,  
que te acordarás de mí.

DILETA. Ve con Dios, que sí haré.

FACETO. Voy contigo y sin mí.

### JORNADA TERCERA

FELICINA.

DILETA.

DANDARIO.

GALTERIO.

AQUILANO.

FELICINA. Dileta.

DILETA. ¿Señora mía?

FELICINA. ¿Sabríasme tú dezir,  
quien bive sin alegría  
si puede mucho bivir?

DILETA. ¿Cómo assí?

FELICINA. Porque después que me vi  
herida de aqueste mal,  
no reyna plazer en mí  
ni cosa de su metal.  
Y en lugar  
quando me pienso alegrar,  
procurando algún deleyte,  
hallo un querer amatar  
el fuego con el azeyte.  
De otra vanda,  
sin quel cuerpo se desmanda,  
con el pesar y su tema  
la más preciosa vianda  
se me convierte en postema;  
de tal suerte,  
que se me haze tan fuerte  
qualquier linage de vida,  
que si veniesse la muerte  
sería la bien venida.

DILETA. Ay, señora,  
¡si tal oyesse agora  
tu servidor Aquilano!

FELICINA. No me lo mientes, traydora,  
que lo tengo por villano.

DILETA. ¿Quién creyese  
que si yo tal te dixesse,  
que tú me lo con cediesses?  
Y aun que no te desplugiesse  
si agora verlo pudiesses.

FELICINA. ¿Ver, o qué?  
Mala pascua Dios me dé  
si tengo tal pensamiento;  
que lo que ayer te hablé  
muy fuera va desse cuento.

DILETA. ¡Guay de mí!  
Pues ¿a qué vienes aquí,  
y a tal hora, en el vergel?

FELICINA. Porque ayer le prometí  
de me ver aquí con él.

DILETA. ¡Qué saber!  
Pues si no lo quieres ver,  
¿dónde vas de noche a oscuras?

FELICINA. Calla, que tomo plazer  
en oylle sus locuras.

DILETA. ¿Dirás.  
Pero di quanto querrás,  
que yo, señora, te digo,  
que lo quieres tanto y más  
que al alma questá contigo.

FELICINA. No te pene;  
que assí Dios mi alma ordene,  
muy poca pena me da;  
ni me plaze quando viene,  
ni me duele quando va.

DILETA. No lo sé,  
mas de grado juraré  
que según siento tus vascas,  
no coxqueas desse pie,

ni te come do te rascas.  
Por tal arte,  
que querrías abonarte  
teniendo mal pensamiento,  
cubriendo por una parte  
lo que publicas por ciento.  
Tal te quiero  
como aquel mal calderero  
que con mano mal certera  
por soldar un agujero  
haze diez a la caldera.

FELICINA. No aya más.  
Siente y calla, si querrás;  
haz officio de discreta,  
vees que no supe jamás  
tenerte cosa secreta.  
Pues, hermana,  
no me culpes de liviana  
lo que no hago por vicio;  
que siendo muger humana,  
la carne haze su officio.  
Y en amar,  
no sé quién pueda passar  
sin sentir pasión alguna,  
que pocas passan por mar  
que no cuenten de fortuna.  
Y a mi ver,  
pues quel penar y el querer  
cosa común ser parece,  
harto haze la muger  
que quiere do se merece.  
Sin mentir,  
de mí no podrás dezir  
que sin mucha causa afano;  
porque no ay mas que pedir  
en el valor de Aquilano.  
¡Cuán hermoso,  
quán gentil y cuán gracioso,  
quán cortés, cuán bien hablado,  
quán honesto y virtuoso,  
qué bien acondicionado;  
quán varón,  
quán de cuánta perfición  
quel Señor dotarlo quiso!  
No me digan de Absalón,

ni me cuenten de Narciso.

DILETA. Dentro estás,  
Dios sabe cómo saldrás.

FELICINA. ¿Qué dices?

DILETA. Digo, señora,  
que lo alabarías más  
si yo fuese quél agora.

FELICINA. ¿Cómo así?

DILETA. Porque teniendo de ti  
la promessa tal como ésta,  
no estarías ya sin mí,  
ni quizá tan bien compuesta.

FELICINA. ¡Qué razón!

DILETA. Sí, que les dado al varón,  
y puede ver a su guisa  
qué seda tiene el ropón  
y qué lienço la camisa.

FELICINA. Assí es;  
mas sobre tal interés  
y en cosa que tanto cuesta,  
quando no fuere él cortés,  
tengo yo de ser honesta.

DILETA. Dios lo acuerde;  
mas con ravia, ¿qué no muerde?,  
con amor, ¿quién tiene rienda?  
Nunca vi leña tan verde  
que en el fuego no se encienda.

FELICINA. ¿Cómo no?  
si tú fuesses hora yo  
¿qué arías, di, grossera?

DILETA. Por la fe que Dios me dio,  
ya sería, dentro o fuera.

FELICINA. ¡Qué ablar!  
¿Y cómo, sin más mirar,

lo harías de esse modo?

DILETA. Haríame de rogar,  
aunque no mucho con todo.

FELICINA. Mas empero,  
ya harías algún fiero,  
fingiendo qualquier renzilla,  
como quien dize: no quiero,  
y échamelo en la capilla.

DILETA. Puede ser.

FELICINA. Tal sería tu saber.

DILETA. Mas ¿tienes por cuenta cierta  
que me venga Dios a ver  
y le cierre yo la puerta?  
Si te vaga,  
porque sanes de tu llaga,  
quando en tal cosa te topes,  
cierra los ojos, y traga  
como quien beve xaropes.  
Más te digo  
si te consejas conmigo:  
que te hazes mala fiesta  
en ser avara contigo  
de lo que poco te cuesta.

FELICINA. Por no errar  
devrías considerar  
que las honras suelen ser  
muy pesadas de ganar  
y ligeras de perder;  
y perdidas,  
son assí desaparecidas,  
que si queremos cobrallas,  
las haziendas y las vidas  
no bastan a rescatallas.

DILETA. Tú te engañas,  
porque con tales entrañas  
los covardes y los ruynes  
no hazen grandes hazañas  
por mirar mucho los fines.



FELICINA. Calla agora.

AQUILANO. Mas callen todos, señora,  
sino yo, porque me avezas  
a sentir de cada hora  
qué dezir de tus grandezas;  
y diré,  
aunque nunca acabaré  
de contar en quanto biva,  
con quán grande amor y fe  
es mi vida tan captiva.

FELICINA. Di, traydor,  
¿y cómo tan sin temor  
osavas entrar aquí  
y offender a tu señor  
y dañar a ti y a mí?

AQUILANO. Por querer,  
a más que se deve poner  
quien tan alto bien dessea;  
que amor no suele temer  
ningún peligro que sea.  
Antes digo  
que quien dexa sin abrigo  
al corazón por la vida,  
que de sí propio enemigo  
y de sí mismo homicida.  
Pues, veamos,  
¿ay razón porque perdamos  
una gloria tan sin cuento  
si el fin de quanto afanamos  
es buscar contentamiento?  
Mas, señora,  
si tú me mandas agora  
que me torne con mi daño,  
más quiero servirte un hora  
que bivar contento un año.

FELICINA. Por mi grado  
ya devrías ser tornado  
y aun dexar de ser venido.

AQUILANO. Hágasse con tu mandado  
la voluntad de Cupido...

DILETA. Yo no quiero,  
pues del mal que mueres muero,  
que te partas con tal queixa.

FELICINA. Váyase para grossero,  
que buena prenda nos dexa.

AQUILANO. Por tu amor  
dexo la prenda mejor  
que en mi casa yo tenía,  
y del mundo la menor  
que a ti dársete podría.  
Y he plazer  
de que quede en tu poder  
la cosa que mes más cara,  
y oxalá pudiera ser  
quel resto también quedara.

FELICINA. En buen hora;  
pues ¿cómo te yvas agora  
y tornas en esse punto?

AQUILANO. Porque en ti veo, señora,  
mi mal y bien todo junto.

FELICINA. ¡Qué sabido!  
Por mi fe que tu sentido,  
tus cosas y tu cuydado,  
más son de loco perdido  
que de amador concertado.

AQUILANO. Tu figura  
de mayor mal que locura  
me haze merecedor,  
y es un bien de tal ventura  
que no pudo ser mayor.  
Ves aquí:  
tan ledo peno por ti  
que por más mostrar mi fe  
muero de amores de mí  
porque tan bien me empleé.  
Mas andar,  
si te puedo suplicar,  
las rodillas por el suelo,  
no me mandasses tornar  
tan ageno de consuelo.

FELICINA. ¡Ay! ¿Qué siento?  
¿Si han havido sentimiento  
de mi maldita salida?  
Salte afuera en un momento,  
ve, traydor, que soy sentida.

AQUILANO. Eso no.  
Donde el amor me faltó,  
la vida me falta agora.  
¡Ay, ay, ay, que muerto so!  
Socórreme tú, señora.

DANDARIO. Hora ver.  
¡Hi de Dios y su poder!  
¿Qué es esto que aquí resuena?  
Mal peccado, deve ser  
algún alma que anda en pena.  
Por San Pego,  
porné la mano en un fuego  
y a mi salvo juraría  
que es el alma daquel crego  
que se ahorcó el otro día.  
Ciertamente  
ya se meriza la frente,  
no puede ser sin misterio.  
Por menos inconveniente  
quiero llamar a Galterio.  
¡Dormillón!  
¿No te levantas ahón?

GALTERIO. ¿Qué, diabros, quieres ya?

DANDARIO. Yergue, yergue, bovarrón,  
no te arrepientas quissá.

GALTERIO. Bozinero.  
Madrugada de herrero  
me parece esta mañana.

DANDARIO. Si supieses, compañero,  
tú vernías más de gana.

GALTERIO. ¿Cómo assí?

DANDARIO. Que agora agora sentí

los gemidos dun finado,  
y aun entiendo, juri a mí,  
que de miedo estoy cagado.

GALTERIO. Qué tal era?

DANDARIO. No lo sé, que si lo viera...

GALTERIO. Pues luego no es imposible  
sino que es la candelera  
que va de noche invisible.

DANDARIO. ¿Quieres buena?  
Quiçá no es cosa terrena,  
como otras vezes se halla;  
y si es alma que anda en pena,  
será muy bien conjuralla.

GALTERIO. Mia fe, sí.

DANDARIO. Comiença, que juro a mí  
de ayudarte con mis mañas;  
yo te doy la mano a ti,  
que sabes muchas hazañas.

GALTERIO. Soy contento.  
Tanto negro sacramento  
venonemo cervolín,  
do sancti codo quimento,  
si eres cosa buena o ruyn,  
te conjuro.  
Por la fe del vino puro,  
con las bestias de la mar,  
y ell alma del Palemuro,  
y el sancto de mi lugar,  
y también  
por la sancta jurialén,  
con la cruz del charnecal,  
la quillotra de Jaén,  
con el gran cirio pascual;  
por los cerros,  
por los lobos y los perros,  
por lagartos y culebras,  
por los ajos y cencerros,  
por maçuelos de tinieblas;  
por perdones,

por buldas y por sermones  
que ponen por los altares,  
por los grandes çancarrones  
de los sanctos Doze Pares;  
por vigillas,  
y por las Siete Cabrillas  
y el bordón de Santilario,  
la rueda de campanillas  
y el harpón del campanario;  
por barrenas,  
por coyundas y melenas,  
por el barzón y la reja,  
por el mar y las arenas,  
y el aldava del yglesia  
por el ajo  
que da sabor al tassajo  
y a las morzillas olor,  
por la sogá y el badajo  
de la campana mayor;  
por ll'arrobe,  
por las colmenas de Lope,  
por el collar del jubón,  
por el mango del guisope  
y ell asa del calderón;  
por las migas  
que nos hinchen las barrigas,  
con el unto del borrego  
te conjuro que me digas  
si eres ell alma del crego.

DANDARIO. Ya podría  
ser la de Juana García,  
xabonera de Laredo,  
porque diz que el otro día  
la quemaron en Toledo.

GALTERIO. ¿Déssas era?

DANDARIO. Alcahueta y hechizera,  
la mayor que nunca vi.

GALTERIO. Santigüémonos siquiera,  
no estuviesse por aquí.

DANDARIO. Sí, por Dios,  
rezemos, cuerpo de nos.

GALTERIO. Crialeysón del paternostra  
qui ex in celis lo dinos tentaciones bita nostra.

DANDARIO. Daca, hermano...  
Por la fe del Soberano,  
no sé quién bulle los pies  
allá, de cara al mançano,  
debaxo del aciprés.

GALTERIO. No ha poder...  
¡A, no praga a Lucifer,  
y es aquel que está ay echado!

DANDARIO. Quién, diabros, puede ser?  
Par Dios, pareçe finado.

GALTERIO. ¿Cuál haría?  
¡Valme la Verge María!  
Y Aquilano me pareçe.

DANDARIO. Cosa imposible sería,  
mas a vezes aconteçe.

GALTERIO. Passa allá,  
que estará bivo quiçá;  
tentémosle las narizes.

DANDARIO. Juri a díobre, bien será  
hazerlo, pues que lo dizes.

AQUILANO. O villanos,  
no me toquen vuestras manos,  
que biveréys pocos días.  
Dexat comer de gusanos  
estas tristes carnes mías.  
¡Ay, que muero!

DANDARIO. Válate Dios verdadero,  
¿qué desdicha te siguió?  
¿Qué haremos, compañero?

GALTERIO. Eso te pregunto yo.

DANDARIO. A, señor,  
dinos hora tu dolor.

que nada non perderás;  
ya sabes con cuánto amor  
haremos lo que querrás.

AQUILANO. Es mi mal  
una herida mortal  
que yo mesmo me la di,  
y una ponçoña real  
que por los ojos beví,  
y una pena  
que la tengo por tan buena  
como el mal del paraíso,  
y un morir que Dios me ordena,  
qual mi ventura lo quiso;  
y una llaga  
que me dio Amor con su daga,  
siendo a los braços conmigo,  
y un fuego que no se apaga,  
y una pasión sin abrigo;  
y una hiel  
tan dulce corno la miel  
sacada de los panales,  
y un bien que no ay sino aquél,  
y un mal que es rey de los males;  
y una suerte  
juntamente flaca y fuerte,  
y un plazer sin alegría,  
y una manera de muerte  
que qualquier se la querría;  
y un pesar  
ligero de comportar,  
y un pensamiento ravioso,  
y un querer para matar,  
y un daño muy provechoso;  
y una amiga  
cuyo amor me prende y liga,  
que punto jamás afloxa,  
y una preciosa fatiga,  
y una bendita congoxa;  
y un afán  
que mis amores me dan  
por reposo en biva llama,  
y un fin que pocos harán,  
y un comiendo de la fama;  
y una fe  
que otra tal jamás no fue,

y un amar con apetito,  
y un servir no sin porqué,  
y un dessear infinito;  
y una gana  
de tomar muerte temprana  
por dexar vida durable,  
y una fiebre que no sana,  
y una dolencia incurable;  
y un tormento  
con el qual peno contento  
y aun moriría pagado,  
y un cortés conocimiento,  
y un virtuoso cuydado.  
Finalmente,  
no me pidas al presente  
más nuevas de mi tristura,  
y apareja encontinentemente  
la vezina sepultura.

GALTERIO. O mesquino,  
¡cómo lleva mal camino  
y se muere el peccador!  
Corre, ve presto, hazino,  
dilo al Rey, nuestro señor.  
Vey bolando,  
mientras lo estoy conortando.

DANDARIO. o haré quanto conviene.

GALTERIO. Parece que va espirando,  
quiero ver qué pulso tiene.  
O cuytado,  
¡cómo mueres malogrado!  
Noramala acá naciste  
para morir desdichado  
quando en más favor te viste.  
¿Qué harán  
quando tu muerte sabrán  
tus parientes donde son,  
quando a mí, pobre gañán,  
me llegas al corazón?  
Dios quisiera  
que en tu nombre yo muriera  
una vez y dos, y tres,  
o me costaras siguiera  
la soldada deste mes.



Dios bendito,  
de aquí te mando un cabrito  
si no muere en este día,  
y a la gloria de san Pito  
prometo un Ave María,  
y an de andar  
al sancto de mi lugar,  
que quita dolor de muelas,  
y aun prometo de llevar  
una branca de candelas.  
Desde aquí  
yo aburro un maravedí  
si escapas de aqueste mal,  
aunque sepa, juri a mí,  
de quedar al hospital.  
Quanto gano  
daría por verte sano  
como spero de te ver,  
y porque siento, Aquilano,  
quánto bien el Rey te quiere,  
y quán cara  
les tu presencia y tu cara,  
tu servir y tu manera;  
que entiendo, si él te engendrara,  
la mitad no te quisiera.  
Por la villa  
ya dizen a maravilla  
que eres hombre tan sesudo,  
que has de ser rey de Castilla  
después que muera Bermudo.  
No ay dubdança,  
ni daría mi esperança  
por tres brancas oy pagadas,  
que espero henchir la pança  
de buenas migas tostadas.  
Dios lo haga,  
y te escape dessa llaga,  
y te libre de la muerte;  
que si yo bivo, y me vaga,  
mil servicios quiero herte.

AQUILANO. Calla ya;  
llégate, por Dios, acá,  
que un plazer quiero de ti.  
Si mi ventura querrá  
que yo muera luego aquí,

tomarás  
lo poco que hallarás  
en esa bolsa mesquina,  
y de mi parte dirás  
a la infanta Felicina  
que el tormento  
fizo con el pensamiento,  
visto mis días postreros,  
que hiziesse testamento  
do dexo tres herederos;  
y nombrados,  
para que mis tres estados  
se repartan sin querella,  
por mí mejor señalados,  
serán Dios, la tierra, y ella.  
Y assí quiero  
que lleve Dios, lo primero,  
ell alma, como es razón,  
y la tierra el cuerpo fiero,  
y ella el triste coraçón  
que de grado  
quiere estar a su mandado;  
pero dile, por tu fe,  
que le sea encomendado,  
pues tan suyo siempre fue.  
Lo demás,  
dile tú lo que querrás;  
que no puedo más hablarte,  
porque ell alma, sin compás,  
se me va por cada parte.

GALTERIO. Pues, señor,  
júrote a mí, peccador,  
que nada no te he entendido.

AQUILANO. Assí cumple a mi dolor;  
todo me viene nacido.

GALTERIO. ¡Pese al cielo!  
Pues que tanto te lo ruego,  
dime claro por qué mueres.

AQUILANO. No me atizes más mi fuego;  
déxame estar si quisieres.

GALTERIO. ¡Qué pesar

es oyr ni razonar  
con estas guentes de villas,  
que nunca saben habrar  
sino por retartalillas!  
Hora ver;  
para pedir de comer  
el hidalgo y el gañán,  
¿qué diablo es menester  
son dezir: daca del pan?  
Los grosseros,  
estos grandes cavalleros  
que por llamarse sabidos  
van gastando sus dineros,  
después no son entendidos.  
Y a los tales  
que son de casas reales,  
si dessean ser perfectos,  
más cumple ser liberales  
que sabidos ni discretos.  
Y así es:  
presume uno por tres  
desta gente palaciega,  
no saben todos después  
desollar una borrega.  
Pues, verás,  
ya vees el punto en que estás,  
harás mejor de aclararte;  
que si mueres, nunca más  
te diré parte ni arte.  
O siquiera,  
¿no vees que dessa manera,  
hablando por las narizes,  
tú te rompes la mollera?  
Yo no fago lo que dizes.  
¿Traquear?  
Tú no me quieres hablar,  
Dandario tarda en venir.  
Dome a Dios de descansar  
y echarme un rato a dormir.

#### JORNADA QUARTA

BERMUDO.  
DANDARIO.

AQUILANO.  
POLIDARIO.  
ESCULAPIO.  
GALIENO.  
FELICINA.  
GALTERIO.  
FACETO.

BERMUDO. O Fortuna descortés  
traydora, basta plazerés,  
¡por quán poco interés  
tan mucho dañarme quieres!  
Baratera,  
después que por tu manera  
todo el mundo te deprava,  
¿pesávate ya siquiera  
porque yo no me quexava?  
Son tus dones  
pagar en tribulationes  
a los que das esperanças,  
¡terrero de maldiciones,  
saco roto de alabanças!  
Tus botines  
todos van a do los fines,  
do ganan siempre los menos;  
que eres madre de rüynes  
y madrastra de los buenos.  
Y eres ciega,  
pero más el que navega  
por tu mar desordenado  
y el que a tu sombra se llega  
queda dos vezes mojado.  
Sé yo, triste,  
que ningún bien me heziste;  
antes, porque era tan bueno,  
hijo propio no me diste,  
mas que quitas el ageno.  
O Aquilano,  
quedasses tú bivo y sano;  
muera yo, que lo desseo.  
Ven acá, dime, villano,  
¿dónde está, que no lo veo?

DANDARIO. Helo allí.

BERMUDO. Hijo mío, ¿qué es de ti?  
¡Maldito sea el diablo!  
Dime, ¿cómo estás así?  
Háblame, pues que te hablo.

AQUILANO. Mi señor,  
es tan grande mi dolor  
que no me dexa hablar,  
y se me haze mayor  
en causarte a ti pesar.  
Hame dado  
tan rezio en este costado  
desde ayer a medio día,  
que de mí estoy espantado  
cómo bivo todavía.  
Sin sentido,  
porque el dolor ha crecido  
y esta noche tanto, en fin,  
que como loco perdido  
me soy baxado al jardín.

BERMUDO. Pues, verás,  
yo quiero, si tu querrás,  
que te suban a mi lecho.

AQUILANO. No, señor, que peno más,  
y el moverme no es provecho.

BERMUDO. Ora, pues,  
levanta presto los pies,  
di que mis médicos vengan;  
partan luego todos tres,  
que punto no se detengan.

GALTERIO. Mas, señor,  
¿quieres sanallo mejor?  
Yo conozco un buen físico,  
Pero Gil, el herrador,  
que me sanó mi borrico.  
Y ha sanado  
la burra de Anthón Machado  
y el asno del mesonero;  
basta ques más aprovado  
que dos vezes el barvero.

BERMUDO. Tiempo fuera

que holgara y me riera  
de tus cosas y de ti;  
pero así, nunca Dios quiera  
que plazer se llegue a mí  
mientras dura  
tamaña desventura  
qual me vino en este día,  
porque dolor y tristura  
me fuessen en compañía.  
Muero en verte;  
maldita sea la muerte,  
que así lo quiero dezir,  
porque a un hombre de tu suerte  
no dexa mucho bivar.  
¡Quién te vido  
de largas tierras venido  
con gracia que Dios te dio,  
y así tan presto querido  
y estimado más que yo!  
Sin dubdar,  
bien eras tú de estimar,  
capaz de gran señorío  
suficiente a gobernar  
muchos más reynos que el mío.  
Yo creyera,  
según la gracia y manera  
que mostravas a la clara,  
si la virtud se perdiera,  
que sólo en ti se hallara.  
Pero vi  
que me servías a mí  
tan honesto y concertado,  
que no había quien de ti  
no estoviesse enamorado.  
Qué prudente  
gobernabas tanta gente  
por tan discreto compás,  
y no el reyno solamente,  
pero a mí, que es mucho más.  
Mis peccados  
te buscaron malos hados,  
porque llore, si no sanas,  
los tus años desbarvados  
y el seso lleno de canas.  
Ciertamente,  
si yo veo que al presente

la muerte no te perdona,  
yo prometo en continente  
de renunciar mi corona.

GALTERIO. ¿Y es verdad  
que a tu Real Magestad  
no pueden faltar enojos?

BERMUDO. Quiere Dios por su bondad,  
que no descansen mis ojos.

GALIENO. Pues, veamos.  
¿Qué nos mandan que hagamos,  
o a qué fue nuestra venida?

BERMUDO. A que sepáys y sepamos  
si Aquilano tiene vida.  
Non dudéys  
de pedir quanto querréys,  
si aprovechalle pensáys,  
que si a él le guarecéys,  
también a mí me sanáys.

GALIENO. Por mi fe,  
yo, señor, esperaré  
que cada uno lo vea;  
que por mi parte non sé  
hasta aquí qué mal se sea.

POLIDARIO. Veramente  
hasta en el punto presente  
que vi, señor, Aquilano,  
no vi cara de doliente  
tener el pulso de sano.

ESCULAPIO. Yo, señor,  
en todo soy el menor;  
mas tanto que satisfaga,  
deziros quiero un primor  
si hos parece que se haga.  
Y a mi ver,  
se deve luego hazer  
si mandare vuestra Alteza,  
que según puedo entender,  
su mayor mal es tristeza.  
Y acontese

cuando un mancebo adoleçe  
fuera de su natural,  
tal desso le recreçe  
que les doblado el mal,  
de manera  
que tal pasión lastimera  
se imprime en el coraçón,  
y los señales de fuera  
nos engañan la razón.  
Pues, conviene,  
por ver su mal dónde viene,  
buscalle algunos plazerer;  
y tu Magestad hordene  
que vengan aquí mugeres  
bien compuestas,  
y aun fermosas más que onestas,  
porque más se alegrará;  
y con estas tales fiestas  
natura lo esforçará.  
Y sabremos  
todo aquello que queremos  
cerca de su enfermedad,  
y entonçes ordenaremos  
de buscalle sanidad.

BERMUDO. Yo he plazer.

ESCULAPIO. Pues las damas deven ser  
Felicina y sus donzellas  
y aun quiero que mi muger  
venga aquí también con ellas;  
que es hermosa,  
y assí gentil y graciosa  
quanto se puede pedir.

BERMUDO. Pues hágase aquesta cosa;  
ve, page, hazlas venir.

GALTERIO. Mas, señor,  
¿quiés que vaya, por tu amor,  
en dos saltos a llamar  
la hija del texedor  
que sabe muy bien arar?  
Y a Luzía,  
la nieta de Antón García,  
que tiene mil perfeçiones,



y aun diz que siega en un día  
más que dos buenos peones.

DANDARIO. ¡Guay de ti!  
Llama, llama, juri a mí,  
la hija de Antón Frontino,  
que se maja, en hendo assí,  
media carreta de lino.

BERMUDO. ¡Qué plazer!  
Esso havemos menester;  
haréys vosotros mejor  
de estudiar y proveer  
de mitigalle el dolor.

ESCULAPIO. Será bueno  
un emplastro para el seno  
donde más siente la pena,  
según manda Galieno,  
Avenroyz y Avicena.

GALTERIO. Juri al cieno  
se llevante como un trueno  
sano y bueno en ora buena,  
si yanta gallo relleno,  
y ave rroya y ave cena.

POLIDARIO. O bestial,  
¿no miras que entiendes mal?  
Por mi fe questás donoso;  
que de los tres, cada qual  
era un médico famoso.

GALTERIO. Concluyr:  
se por phísicos ha d'ir  
que sanen sin levar nada,  
yos haré luego venir,  
si queréys, una tracada

GALIENO. Por mi amor,  
di ¿quién son?

GALTERIO. El herrador,  
el barvero y la que enxalma,  
y el viejo saludador  
que sana de cuerpo y alma.

Y a mi hermana  
que cayó el otra mañana,  
la sanó María Gil  
con una poca de lana  
y el azeyte del candil.

GALIENO. ¡Gran letrado  
que en Salamanca ha estudiado  
y en otras tierras ajenas,  
y en París fue graduado,  
y en Boloña y en Athenas!

GALTERIO. ¿No lo veys?  
Atiná quanto queréys;  
y a todos, sí, mas que no,  
os pongo que no sabéys  
tantas tierras como yo.

GALIENO. Di quequiera.

GALTERIO. Por diego se La Ratera,  
y a Hollales y a Grillejo  
y a Tres Casas y a Perrera,  
y a Tintín y al Villarejo.

DANDARIO. Mallogrado  
de Juan Burro, mi cuñado,  
que anduvo noches y días  
la mitat deste Condado,  
hin a las Andaluzías.  
Y aun baylava,  
no sé cómo se arrojaba  
la puta la çapateta;  
¡mal año! que assí sonava  
cruxido de una carreta.  
Mas tenía  
que le prestaron un día  
una capa de florete,  
do al diablo el hombre avía  
que no l'quitasse el bonete.  
Juri an diego,  
siempre fue gran palaciego,  
y aun más de dos os dirán  
que ygalava a nuestro crego  
y aun passava al sacristán.  
Pues, en gala,

perdone Dios a Pascuala  
que lo quiso fuertemente,  
nunca se le yva zagala  
que él os topasse a la fuente.  
Pues aosadas  
que qualquier dança despadas  
que os la sabía de coro,  
y en un año dos vegadas  
fue mayordomo del toro.  
¿No es nadilla?  
¿Y al luchar de çancadilla,  
y a saltar salto de mata,  
no se ganó una vegilla  
buen medio real de prata?

GALTERIO. Sí, mal año;  
allí estava yo, tamaño  
como soy y aun más grande,  
mas llevólo por engaño.

DANDARIO. Mia fe nunca Dios lo mande,  
Lazerado,  
¿no lo hoviera confessado  
la quaresma que passó?

GALTERIO. ¡Hideputa, qué ahotado!  
Que nunca se confessó.

DANDARIO. Do al demonio  
tan hodibre testimonio  
como ora dezirte dexas;  
recalcávate el madroño,  
y ora ques muerto te quexas.

GALTERIO. Mia fe, mientes,  
salvonor de los oyentes.

DANDARIO. Mas mentís vos como puto.

POLIDARIO. Villanos, ¿no paráyis mientes  
que habláyis muy dessoluto?  
Dios loado,  
pues nos avéys alegrado,  
yos digo ques cosa sana  
yr a comer un bocado  
y a beber por la mañana.

GALTERIO. ¿Cómo, qué?  
Ya el hombre sabe, a la he,  
tomar el jarro del asa.  
Montas ora, en buena fe  
que nos llevara a su casa.

POLIDARIO. Si queréys,  
plazer grande me haréys  
con tal que traygáys iguales  
los tajos en que os sentéys  
y cada sendos reales;  
quando no,  
sobre prenda os daré yo  
quanto supierdes pedir.

GALTERIO. No medre quien tal pensó  
que supierades decir.

DANDARIO. Daca, vamos.

POLIDARIO. Las damas vienen, veamos  
lo que se deve hazer.

ESCULAPIO. Yos diré cómo hagamos  
si soys de mi pareçer.  
Por no errar,  
vos las devéys hordenar,  
yo notaré su semblante;  
que una a una han de passar  
todas ellas por delante.

POLIDARIO. En buen hora.

GALIENO. Vengan por orden agora.

BERMUDO. Andad vos, mi hija, primero.

GALIENO. Ea, vos, andad, señora,  
pues venís a contadero.

ESCULAPIO. Prestamente  
váyase toda essa gente  
si manda tu Magestad,  
y narrarte he brevemente  
su mayor enfermedad.

BERMUDO. Sea así;  
no quede ninguno aquí.  
Hablemos ora los dos:  
yo quiero saber de ti  
qué saber te ha dado Dios.

ESCULAPIO. Un saber  
qual no quisiera tener  
por saber mi poca vida;  
que suele mucho doler  
la muerte de antes plañida.

BERMUDO. ¿Y es de muerte?

ESCULAPIO. Soy lo yo, por mala suerte,  
pues que es mi honra mortal.

BERMUDO. Has que pueda yo entenderte  
si sientes mal de su mal.

ESCULAPIO. Siento tanto,  
que me veo en gran quebranto  
por lo que no merecí.

BERMUDO. Cata, por Dios, que me espanto  
de tus cosas y de ty.

ESCULAPIO. No lo dubdo:  
que mejor fura ser mudo  
que no saberme quejar,  
pues que la fortuna pudo  
darme tanto que hablar.  
Has de oyr,  
pues no te devo encubrir  
lo que en fin has de saber,  
que él está para morir  
de amores de mi muger.

BERMUDO. ¿Por tu fe?

ESCULAPIO. Agora te contaré  
si quieres sabello todo,  
de qué manera lo sé,  
por qué vía y por qué modo.

BERMUDO. Dilo luego.

ESCULAPIO. Tú sabrás que él yva ciego,  
días ha, por me llevalla;  
yo dentonces vide el juego  
y he sabido bien guardalla.  
Y es verdad  
que, viendo su enfermedad,  
sospeché nascer de allí;  
mas por más siguridad  
la hize venir aquí.  
Tanto afano  
teniendo el pulso Aquilano  
mientras mi muger passava,  
que sentí luego en la mano  
como por ella penava.

BERMUDO. Soy pasmado  
de pensar cómo has usado  
de primor tan primo y tal,  
y alegre porque me has dado  
buenas nuevas de su mal.  
Y a mi ver,  
tú lo puedes guarescer,  
que otro no creo que pueda;  
o sánelo tu muger  
y páguelo mi moneda.

ESCULAPIO. O señor,  
que te soy buen servidor,  
y me hieres sin porqué;  
que yo no vendo el honor,  
ni la muger, ni la fe.

BERMUDO. Tú eres necio;  
que aunque en ál seas Boecio,  
poco desto se te entiende,  
que do no se haze precio  
no se compra, ni se vende.  
Mas verás,  
quando bien mirar querrás  
y si la razón concibes,  
es mejor el bien que das  
que no el daño que recibes.  
Del pagar  
no curemos de hablar,

que no haze ni desfaze;  
lo que yo te quiero dar,  
dótelo porque me plaze.

ESCULAPIO. Todavía,  
yo, señor, saber querría,  
porque más presto concluya,  
tu Magestad ¿qué haría,  
si mi muger fuese suya?

BERMUDO. ¿Quieres ver?  
Recibiría plazer  
quando, por gracia divina,  
assí como es tu muger,  
fuese la mi Felicina.

ESCULAPIO. Dentro estás.  
No se gaste tiempo más,  
ques periculum in mora.  
A la fe, paciencia avrás:  
que ella misma es la señora,

BERMUDO. ¡Triste yo!

ESCULAPIO. ¡Voto a Dios que lo escozió!  
Pensava burlar de mí;  
los consejos que me dio  
tome agora para sí.

BERMUDO. Di, traydor,  
¿vías padescer mi honor  
y esperavas que muriesse?

ESCULAPIO. Antes buscava, señor,  
cómo menos te doliessse.

BERMUDO. ¡O mal fuerte!  
Que a mal de tan mala suerte  
no ay consuelos. que consuelen;  
que la deshonra y la muerte  
aunque tardan, siempre duelen.  
¡O vos sielos!  
¡Fortuna de mil repelos,  
negro amor más que la pez!  
¿Faltávanme ya otros duelos  
al cabo de, mi vejez?

¡Vida astrosa,  
hasta aquí muy amorosa  
y enemiga al cabo al cabo,  
como sierpe venenosa  
que ha la ponçoña en el rabo!  
Mi reynar,  
muy cuydado en ensanchar  
estos reynos de Castilla,  
todo fue nadar, nadar,  
y ahogarme en la orilla.  
¿Qué dirán?  
¿Qué estima de mi harán?  
¡O Dios, quel mundo cobijas,  
a quien querrás dar afán  
nunca le des sino hijas!  
Di, Aquilano,  
recepiste por mi mano  
más que osaste demandarme,  
¿y agora, como villano,  
me pagas en disfamarme?  
Sin dubdar,  
oy las mercedes sin par,  
el amor y la virtud,  
ya no se suelen pagar  
sino con ingratitud.  
¿Qué señales!  
Hazedor de los mortales,  
bendito sea tu nombre;  
de todos los animales  
el más ingrato es el hombre.  
Dime, di,  
¿por ventura passa assí,  
como este propio me cuenta?

AQUILANO. Matarme puedes aquí,  
mas no esperes que te mienta;  
que en verdad,  
si amando, la voluntad  
te ofendió, por mi peccado,  
otra ninguna maldad  
por mis manos no ha passado.  
Del mirar,  
que nadie puede escusar,  
procedió mi fin temprano;  
sospinos, pasión y amar,  
nada desto fue en mi mano.



Deste hecho  
no me vino otro provecho  
desque el amor me venció,  
sino que dentro en mi pecho  
guerra mortal no faltó.  
Combatía  
lealtad que te devía  
contra el amor que en mí estava,  
la razón los despartía  
pero amor la desechava.  
Dios quisiera  
que Aquilano no nasciera  
para tan amargas bodas,  
o que mil vidas tuviera  
para pagarte con todas.

BERMUDO. Ciego amor,  
que do imprime su dolor  
no quiere que otro se imprima;  
veréys qualquier amador  
que dos mil muertes no estima.  
O Aquilano,  
tú mueres ledo y hufano  
que muriesses de mil modos;  
triste de mí, viejo cano,  
que tiro el carro por todos.  
Morirás,  
mas luego descansarás,  
tu buena suerte te guía,  
que tú mueres oy no más,  
yo moriré cada día.  
Gran pasión,  
dolor sin comparación  
por mis males se permite;  
que mancha del corazón  
no ay jabón con que se quite.  
¡Felicina,  
fuesses muerta más aýna;  
pues no se halla en el suelo  
ni a desonra medicina,  
ni a la muerte consüelo!  
Mundo triste  
que a nadie celar pudiste  
tus entrañas de malsín,  
quantas riquezas me diste  
me han salido al gallarín...

AQUILANO. Mi señor,  
por tu servicio y amor  
me quiero un poco esforçar,  
y esse tu mucho dolor  
ayudártelo a passar;  
que de verte  
no puedo no socorrerte.  
Pero sea deste modo:  
ya sabes que con mi muerte  
se remedia casi todo.  
Hasta aquí  
tu hija queda de mi  
salva y limpia por entero;  
no perderás sino a mí  
que, en fin, soy un extranjero.  
Y es el mal  
que so llegado al señal  
y al postrero de mis hados;  
que en el naçer cada qual  
saca sus días contados.  
Y esta vida  
como por cosa perdida  
deve ser poco estimada;  
que oy mi muerte muy plañida,  
mañana será olvidada.  
Sin tardar  
vee si puedes remediar  
al caso que es ya venido,  
que es locura dessear  
que no sea lo que ha sido.  
Ten prudencia,  
haz de mi vida sentencia  
con entrañas animosas;  
cata que la diligencia  
resplandeçe en todas cosas.  
Y en verdad,  
para la prosperidad  
cada uno es gran varón,  
pero en el adversidad  
se muestra el buen coraçón.  
Bien le viene  
al que ceptro y reyno tiene,  
que sea, de todo ser,  
un cordero si conviene,  
y un león, si es menester.

Pues, osado  
pon oy remedio a tu estado,  
pues yo me pongo a sufrillo:  
dame el fin que yo he buscado,  
yo quiero darte el cuchillo.

ESCULAPIO. Bien compone.  
Mas tu Alteza me perdone,  
no seas tan diligente;  
que quien apriessa dispone  
muy despacio se arrepiente.

FACETO. ¡O señor,  
no muera de tal dolor,  
ni le mates sin me oír!

BERMUDO. Tira, villano, traydor,  
¿qué me puedes tú dezir?

FACETO. Te prometo,  
si me escuchas en secreto  
de largamente havisarte.

ESCULAPIO. Cata, señor, que Faceto  
sabe desto bien su parte.

BERMUDO. Ven acá;  
quedad vosotros allá.  
Di ¿qué sabes?

FACETO. Bien querría,  
pero veo que será  
mi lengua la muerte mía.

BERMUDO. Di, villano.

FACETO. No tornaré bivo y sano  
a los ojos de mi madre.

BERMUDO. Di, perro.

FACETO. Yo y Aquilano,  
partiendo del Rey, su padre...

BERMUDO. ¿Cómo? ¿Qué?  
¿De qué rey?

FACETO. Señor, erré,  
digo del Rey, su señor.

BERMUDO. Te prometo, por mi fe,  
de darte muy gran valor.

FACETO. Yo me siento  
fallecer de pensamiento  
si me ha de mandar matar;  
que le hize juramento  
sobre el ara del altar.

BERMUDO. ¡O maduro!  
Sobre mí questás seguro.

FACETO. No sé, señor, qué me diga.

BERMUDO. Por mi corona te juro  
que ningún mal se te siga.

FACETO. Mas ¿qué bien?

BERMUDO. Yo mandaré que te den  
mil doblas.

FACETO. Aunque me pierdo,  
es hijo de...

BERMUDO. ¿De quién?

FACETO. Del Rey.

BERMUDO. ¿Qué rey?

FACETO. No me acuerdo.

BERMUDO. Ea, di,  
no estés burlando de mí,  
que no estoy de tu apetito.

FACETO. No sé si lo traygo aquí  
en este papel escrito.

BERMUDO. Muestra presto:  
«De la virtud de tu gesto

nace mi mal y quebranto,  
mas consuélome con esto  
que no ay bien que valga tanto.»  
Neciarrón,  
si no das otra razón,  
¿qué puedo de aquí entender?

FACETO. No, ques éssa una canción  
que avía compuesto ayer.

BERMUDO. ¡Quánto afano!

FACETO. ¿Quieres sabello temprano?  
Págame, no estés dudando;  
que más val páxaro en mano  
que quatrocientos bolando.

BERMUDO. ¡Gran fatiga!  
No sé, par Dios, qué me diga;  
toma, si quieres, la capa.

FACETO. A la fe, voto al amiga  
questoy ora como un Papa.

BERMUDO. ¡Qué donoso!

FACETO. Con ésta voy gloriōso  
sin que más nada me den;  
con loco y menesteroso  
siempre el hombre compra bien.  
Sin tardar,  
ora te quiero contar,  
pues me alegraron tus paños:  
¿Con quién quesiste casar  
a tu hija, oy ha seys años?

BERMUDO. Yo quería,  
por nuevas que dél tenía,  
darle entonces por marido  
un hijo del rey de Ungría;  
mas diz que es muerto o perdido.

FACETO. Sepa yo:  
¿por qué assí no conçertó  
esse tan buen casamiento?

BERMUDO. El padre no concintió  
que el hijo bien fue contento.

FACETO. Sí, señor;  
que entonces tu embaxador  
tales nuevas le dio della,  
que luego, preso de amor,  
pensó de venir a vella.  
Y en efecto,  
solos yo y él, de secreto,  
partimos, como se haze.

BERMUDO. ¿Qué me cuentas, mi Faceto?

FACETO. Lo que pienso que te plaze.  
No estés triste,  
que buena suerte tuviste.  
Porque creas lo que digo,  
lo que entonces le escreviste  
se trae siempre concigo.

BERMUDO. ¡Dios loado,  
que me libró de cuydado,  
y assí cumplió mi desseo!  
Por señas que otros me han dado  
quanto me dizes te creo.  
Quanto más,  
sin las señas que me das,  
que de la frente a los pies,  
en seso, vida y compás,  
siempre mostró quién él es.  
O Aquilano  
gracias hago al Soberano  
que de mí te hizo esquivo,  
y en un punto enfermo y sano,  
y en un hora muerto y bivo.  
Tú, camina,  
da nuevas a Felicina.

FACETO. Nunca he podido hallalla.

BERMUDO. Pues vamos todos ayña  
con diligencia a buscalla.

JORNADA QUINTA

FELICINA.  
DANDARIO.  
BERMUDO.  
ESCULAPIO.  
AQUILANO.

FELICINA. Ven, Fortuna, mi enemiga,  
que agora yo te conbido;  
sácame de una fatiga  
pues en tantas me has metido.  
Gran peccado,  
dos cuerpos en tal estado  
que la tierra los gozasse,  
y un amor tan estimado  
que tan presto se acabasse.  
Mala suerte,  
que no pensé mereçerte  
tan gran daño todo junto;  
mas fortuna, fuego y muerte  
hazen gran daño en un punto.  
Pues, mezquina,  
assí, Señor, me encamina  
como mi bien a la huessa.  
¡O traydora Felicina,  
qué vagar a tanta priessa!  
¡Quán sin arte  
te di, Amor, en mí gran parte  
y en mis entrañas cabida!  
Ya no me queda por darte  
sino aquesta pobre vida.  
Tiempo es ya.  
Mas ¿quál árbol me terná,  
que es mi cuerpo ponderoso?  
¿Quál cuerda no quebrará  
por dilatar mi reposo?

DILETA. Mi señora,  
por allí llevan agora  
tu bien todo engarrafado.

FELICINA. ¿Qué me cuentas, di, traydora?  
Ya deve ser degollado.  
Corre a ver;  
mira si puedes saber  
dónde muere mi señor.

DILETA. No ay lugar do deva ser  
sino en el patín mayor.

FELICINA. ¡Ay, hermana!  
Cómo yría tan de gana,  
por morir toda fiel,  
a echarme de una ventana,  
que cayesse encima dél.

DILETA. No podrás  
que por doquiera que yrás  
las gentes te estorvarán.

FELICINA. Pues corre presto y verás  
en qué término están.

Ora siento  
que para mi pensamiento  
tengo buen tiempo entre manos  
si de mí no han sentimiento  
estos nuestros ortelanos.

Rey divino,  
ponme ya en aquel camino  
que de reposo está lleno;  
mas, ¡o sexo feminino!  
para nada fuese bueno.  
Si hombre fuera,  
mil muertes dado me oviera  
sin persona me sentir;  
pero de aquí donde quiera  
podré tomar el morir.

Esta rama  
se me antoja que me llama,  
conviniente me paresce;  
quiero coger nueva fama  
por quien todo lo meresce.  
Bien va assí;  
mas, triste ¿qué hago aquí?  
¡Qué ingenio tan torpe y rudo!  
¡Desventurada de mí,  
que no sé hazer un ñudo!

DILETA. ¡Mi señora!  
Buscándote van agora  
tu señor, y no sé quién.



FELICINA. Ve, mala hembra, traydora,  
escóndete tú también.  
¡O mezquina,  
triste muger Felicina!  
Que agora me maravillo  
por qué corrí mas aýna  
a la cuerda que al cuchillo.  
Mal sabida,  
que duna sola herida  
me veniera gloria y fama;  
pero la muerte y la vida  
tarde van a quien las llama.  
¿Quién me quita  
que con pasión infinita  
no muera tras mi bien todo?  
Pero mi suerte maldita  
querrá que muera a su modo.  
Pues andar,  
que no me puede faltar  
una muerte cruda y perra,  
siquier me sorva la mar,  
siquier me trague la tierra.  
Mis afanes  
son preciosos y galanes  
pues a Dios assí le plugo,  
ora me den a los canes,  
ora me den al verdugo;  
que sé ya,  
quando alguno se oporná  
contra el fin do amor me traxo,  
fácil cosa me será  
saltar de una torre abaxo.

DANDARIO. ¡A nuestra ama!

FELICINA. Triste de mí, ¿quién me llama?  
Todo el mundo me es contrario;  
hermano, vete a tu cama.

DANDARIO. No haré, por Santilario,  
son que quiero  
ver lo que mandas primero  
si te pluguiere dezillo.

FELICINA. Cortaré deste romero  
si me vas por un cuchillo.

Corre, hermano.

DANDARIO. Yo cogeré con la mano  
media carga en santiguando.

FELICINA. Corre, ve presto, villano;  
haz aquello que te mando.

DANDARIO. Torno agora.

FELICINA. ¡Virgen María, Señora,  
si me viesse ya defunta!  
Mas no le dixes, en mal ora,  
que fuese agudo y con punta.

DANDARIO. Helo aquí;  
mas perdona, juri a mí,  
que se llama el mangorrero.

FELICINA. ¿No ternías por allí  
algún otro más ligero?

DANDARIO. Mia fe, no,  
que antaño se me perdió  
mi cuchillo el navajón;  
mas Galterio, cuydo yo  
que ha de tener un podón.

FELICINA. Anda, vete;  
que mi suerte me promete  
largo afán en este día.

DANDARIO. ¿Quiés, señora, un cañivete  
chiquito de escrivanía?

FELICINA. ¡Ay, cuytada!  
Que no deve valer nada.

DANDARIO. Helo aquí traygo espetado;  
juri a diez, ques la promada.  
Galterio me lo ha hurtado.

FELICINA. ¡Qué dolencia!  
Quítate de mi presencia,  
vete, villano al albarda;  
quiero esperar la sentencia

que mi ventura me guarda,  
Con plazer  
todo mal quiero atender,  
animando el corazón;  
si en la vida fue muger,  
seré en la muerte varón.  
Determino  
no sentir este camino,  
aunque me duele y afano  
porque he sido de contino  
descortés con Aquilano.  
¿Qué perdiera  
si las vezes que pudiera,  
ledamente le hablara?  
Mas sola una vez siquiera  
no le hize buena cara.  
Ya está claro  
que me fuera gran reparo  
hazelle mejor partido,  
pero veréys que el avaro  
siempre muere arrepentido.  
¡O Señor,  
que no ay riqueza mayor  
que consigo contentarse,  
ni veo mayor dolor  
que de sí propio quejarse!

DILETA. Reyna mía,  
¡qué presente de alegría  
te traygo si me lo pagas!  
Yo te hago, en este día,  
libre de todas tus llagas.

FELICINA. Por tu vida,  
que seas más comedida;  
vete, por amor de mí.

DILETA. Si supieses mi venida,  
no me echarías assí.

FELICINA. ¿Porfiar?  
Que no te quiero escuchar  
ni he menester tus caricias.

DILETA. Assí te dexe Dios reynar,  
¿qué me darás en albricias?

¿Esta saya?  
Y estaré como una maya,  
y alegre más que la flor.

FELICINA. Yo le digo que se vaya,  
y ella peor que peor.  
Por mi fe  
si porfías, te daré  
dos puños, y no otra cosa.

DILETA. Qualquier cosa tomaré  
de una reyna tan dichosa.  
O señora,  
¡quán rica quedas agora,  
quán buena suerte tuviste,  
quán bendita fue la hora  
que Áquilano conociste!

FELICINA. Por ventura,  
¿tienes ramo de locura?  
Por mi fe que desbaría.

DILETA. Siempre falta la cordura  
donde sobra el alegría.

FELICINA. Bien está;  
descarga, si quieres ya,  
tu embaxada o badajada.

DILETA. No pienses que assí será,  
primero seré pagada.

FELICINA. A mi ver,  
yo no sé qué pueda ser  
con que huelgue Felicina.  
¿Quiéresme dar a entender  
que a desonra ay medicina?  
Creo luego,  
si a mi afán hallas sossiego  
y el remedio que se deve,  
que no es mucho elarse el fuego  
ni tampoco arder la nieve.

DILETA. ¿Quieres más?  
Diógote que oy te verás  
más alegre que el coral.

Sepa yo qué me darás,  
no debatamos en ál.

FELICINA. Tú me aclaras;  
con el coral me comparas.

DILETA. ¡Ay, Jesús, y cuál te paras!  
Oyeme, señora mía;  
sangriento será este día.  
que si vieras  
por palacio las carreras  
que dan en busca de ti,  
las fiestas de mil maneras,  
cosa que nunca tal vi...  
¿Quieres ver?  
Ningún hombre ni muger  
hallarás que esté despacio;  
tu padre, el Rey, de plazer,  
ha dado a saco el palacio.  
Lo primero,  
mandó echar al repostero  
la plata por las ventanas,  
y llamar luego un barvero  
para quitarse sus canas.  
Los arreos  
salen ya por mil rodeos,  
las libreas, las hazañas;  
ya se conciertan torneos,  
ya se arman juegos de cañas.  
La ciudad  
con tanta solemnidad  
luminarias sin reproche,  
que su mucha claridad  
ha desterrado la noche.  
Todavía  
disparan artillería,  
coetes, truenos y cosas;  
no se pensó ver un día  
de fiestas tan gloriosas.  
¿Qué más dudas?  
Con esas entrañas rudas  
no sé en el dar de quién vienes.  
¿Cómo ora no te desnudas  
para darme quanto tienes?

FELICINA. Sí faré;

dime agora, por tu fe,  
dó nacen tantos plazer.

DILETA. Primero veré por qué.

FELICINA Demanda lo que quesieres.

DILETA. Con razón  
te merezco qualquier don;  
pero todos los dessecho  
si me demandas perdón  
de quantos males me has hecho.

FELICINA. Di, bestial,  
¿quándo yo te fize mal  
ni desguisado tamaño?

DILETA. Pues aquí tengo el señal  
del chapinazo de antaño.

FELICINA. ¡Qué manzanillas!  
¿Por qué hazes maravillas?  
Di, que perdón te demando.

DILETA. Pues híncate de rodillas.

FELICINA. ¿Y entiendo que estás burlando?

DILETA. ¿Cómo qué?  
Palabra no te diré  
si aqueste plazer no gano.

FELICINA. Heme aquí, pues que pequé.

DILETA. Ora bésame la mano.

FELICINA. Ve de allí,  
si no, mal será por ti.

DILETA. Que me plazze, sin tardar.

FELICINA. Torna acá. ¡Triste de mí!  
No me hagas reventar.  
¿Qué ha de ser?  
¿Me quieres escarnecer  
porque muera y me dessee?

DILETA. Hazme tamaño plazer,  
que aquí nadie no nos vee.

FELICINA. Daca acá,  
acabemos ora ya,  
pues no ay seso que te rijja.

DILETA. Besa. ¡Quán humilde está!  
Dios te haga buena hija.

FELICINA. Ora di.

DILETA. Primero quiero de ti  
otro plazer tamañito.

FELICINA. ¿Qué quieres?

DILETA. Que por aquí  
seas mi moça un poquito.

FELICINA. ¿Qué harás?  
Haz de mí lo que querrás,  
pero yo no sé en qué modo.

DILETA. Hasme de venir detrás,  
y alçarme la halda y todo.

FELICINA. ¡Ay, mezquina!  
Triste muger Felicina.  
¿Si salen los ortelanos?

DILETA. Toma, si quieres, aýna;  
desembuélvete essas manos.  
Esso sí.  
Camina cerca de mí,  
no me descubras los pies.  
¡O, qué moça tengo aquí!  
¿Quánto quieres cada mes?

FELICINA. Chocarrera,  
mala landre que te hiera,  
¿burlas de mí todavía?

DILETA. Calla, que hasta que muera  
contaré de aqueste día;

y al reñir  
siquiera podré dezir  
a quualquier otra donzella,  
que he tenido, sin mentir,  
mejor moça que no es ella.

FELICINA. ¡Ay, amarga!  
¡Qué disciplina tan larga  
para tan flaca muger!  
Líbrame de aquesta carga,  
que más no puedo atender.

DILETA. Soy contenta;  
que el corazón me rebienta  
hasta sacarte de triste.  
Puedes hazer una cuenta  
que morías, y oy naciste.  
Tal hazaña  
nunca se vio, ni tamaña,  
qual ses vista en este día;  
que oy ponías fuego a España  
y oy la inches de alegría.  
Oy de llantos,  
oy de músicas y cantos,  
con tus benditos amores;  
oy de xerga grandes mantos,  
oy de brocados mayores.  
Te prometo  
que debes oy a Faceto  
quantas mercedes te pida,  
que él descubrió este secreto  
y ha dado a todos la vida.

FELICINA. Ven acá.  
¿Dízesme que bivirá  
Aquilano, mi señor?

DILETA. Par Dios, que te gozará,  
y aun que nos haze, favor.

FELICINA. Pues, hermana,  
¡qué tardas una semana!  
Sácame desta fatiga.

DILETA. De contenta y muy hufana  
no sé cómo te lo diga.



FELICINA. Por despecho  
me dilatas este fecho.

DILETA. Súfrete.

FELICINA. No me lo mandes;  
quel corazón en el pecho  
me da los saltos tan grandes.  
De turbada, toda estoy medio finada,  
los sentidos agenados,  
la sangre toda quajada,  
los cabellos levantados;  
de afligidas  
las carnes adormecidas  
y el alma como en fortuna.  
Si me diessen mil heridas,  
no sentiría ninguna.

DILETA. Por tu fe,  
Aquilano, di, ¿por qué  
no te dixo de dónde era?

FELICINA. Nunca gelo pregunté.  
¿Por qué no me lo dixera?

DILETA. Reyna mía,  
tú sabrás por esta vía,  
con todo abraçarte quiero  
que es hijo del rey de Ungría,  
primogénito heredero.

FACETO. O señora,  
que a la fe más ha de una hora  
que te buscan en palacio;  
tu padre, el Rey, viene agora  
mas apriessa que de espacio.

DILETA. Helo aquí.

BERMUDO. Hija mía, que por ti  
gran afán era conmigo.

FACETO. Pues, abraçame tú a mí.

DILETA. Abraçete el enemigo.

BERMUDO. ¡Grand cuydado,  
y en un punto remediado!  
Mala ves pensarlo puedo.

FACETO. Yo soy el mejor librado  
si con la capa me quedo.

ESCULAPIO. Pues, señor,  
yo lo traygo por mejor  
no se dilate esta cosa.

BERMUDO. Llega, hijo, por mi amor,  
y abraça tu nueva esposa.

FACETO. ¿Ay alano  
que asiesse como Aquilano?  
No se hizo de rogar.

DILETA. Pues, señor, dame la mano,  
que te la quiero besar.

FACETO. Ea, aýna;  
tú, señora Felicina,  
dame la tuya también.

BERMUDO. Lo que por Dios se encamina  
siempre todo acaba en bien.

FACETO. Buena gente,  
diz que allá secretamente  
serán las bodas mañana.  
Valete por el presente,  
que no ay más del Aquilana.

FIN